

Los Centros Culturales de España en Iberoamérica, dependientes en su vertiente operativa y programática respectivamente de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) y de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, partes ambas esenciales de la amplia estructura del Ministerio de Asuntos Exteriores, se han distinguido desde siempre, pero quizá más aún en los últimos años, por superar la función de ser un mero escaparate de cultura española. Por rica y diversa que ésta sea, los Centros han integrado definitivamente en sus actividades la propia cultura de los países que los acogen en un plano de absoluta igualdad y de cooperativa y progresiva interdependencia. Este resultado no podía ser más lógico cuando las culturas de allá y de acá -llámese españolas, criollas, hispanas, hispanoamericanas, latinas o cualquier otro término adecuado- se entremezclan y se funden, alimentándose unas a otras cada día con más asiduidad y fortaleza.

En Santo Domingo, mis predecesores y yo hemos estado siempre muy atentos a fomentar y difundir desde el Centro, una medida de sus modestas posibilidades, la identidad cultural del país en cualquiera de sus manifestaciones. Sin dejar de cultivar esta política, personalmente quisiera ir un poco más allá, enfocando mi esfuerzo en promover especialmente aquellos valores firmes y asentados de la cultura dominicana que adolecen quizá de la flata de proyección y peso específico real en el exterior, y aún en ciertos casos, incluso en el ámbito interior.

En el campo de las artes plásticas dominicanas, tan especiales en su historia, tan divisivas dentro de su área geográfica, me pareció que era el momento de empezar la tarea, que no por ambiciosa y larga resultaba menos urgente. Oviedo era un buen punto de partida; o de continuación con el trabajo de mis colegas de años atrás, si se quiere.

El motivo de organizar esta exposición, aparte de los ya mencionados, es simple y llanamente la celebración de su pintura, de la buena pintura en unos días en que se la ve un tanto ausente de las salas públicas; o continuamente minimizada por otros medios de expresión visual. Indudablemente éstos pueden resultar más directos o eficaces -en el sentido de calar rápidamente la piel del destinatario-, más espontáneos y desde luego globales, pero sin las huellas del camino largo, sin el testimonio de los gozos súbitos o de las heridas del aventurero que se ha sacrificado, tropezándose y volviéndose a levantar muchas veces.

En Oviedo se ven las huellas de su historia, y sobre todo, las cicatrices; vienen de una andadura con bruscos y continuos cambios de rumbo y aún de ritmo, de bandazos hacia